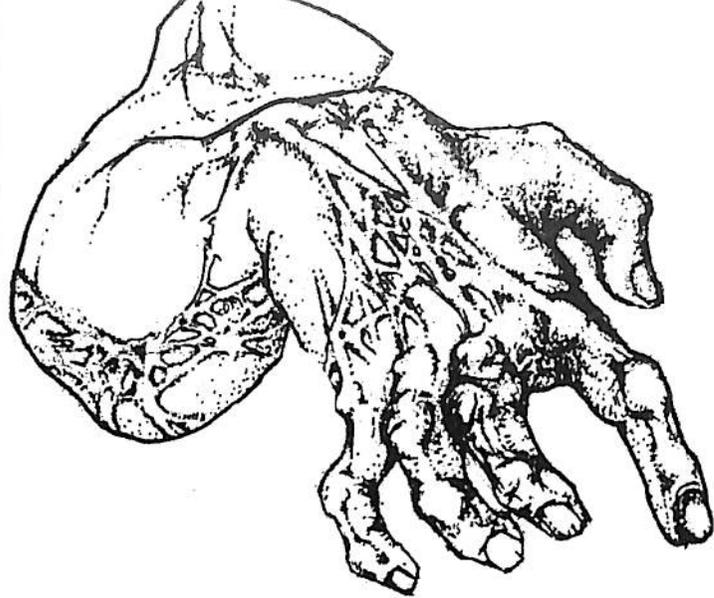


AGUIJÓN



EL MAR ES LA ESPERANZA

Escribir es una especie de maldición, pensaba Reinaldo Arenas. Por ella, el escritor cubano, que se sentía morir en 1987, resistió durante tres años los embates del sida, ese “mal perfecto” en su misterio y crueldad. No quería irse sin terminar su obra, sin dejar el testimonio de sus peripecias y calamidades, sin decir a gritos su verdad sobre un régimen político que ha parodiado ignominiosamente el sueño de una vida humana mejor.

Tal vez *Antes que anochezca* no pase a la historia de la literatura, pero sí ocupará un lugar en la memoria de las vidas sacrificadas por las tiranías del siglo XX. ¿O se perderán sus palabras en esa llanura de la historia que cubren, como un gran manto de espinas, las necesidades de los hombres que se repiten una y otra vez? Su autobiografía es una casa hecha de piedras recogidas al azar en el campo. Comenzó a escribirla en Cuba, pero el manuscrito corrió la misma suerte que otros suyos: se extravió en uno de tantos intentos inquisitoriales de imponer el silencio en esa pobre isla gobernada por la locuacidad y el terror. Finalmente, ya enfermo en Nueva York, la dictó a la grabadora reparando no tanto en la gracia verbal como en la desgracia de su existencia fugitiva. Huyó de su madre, de sus amigos, de Cuba, de sí mismo, de un posible arte de vivir.

Arenas fue un perseguido. Primero por el infortunio de la miseria, que le obsequió irónicamente la extrema libertad con la que se bebió todo el trópico, su humedad y sus soles; después, por un Estado policiaco con hambre de víctimas. No conoció el afecto paterno ni la libertad para escribir y publicar los frutos de su imaginación. Cuba le negó ese derecho. Como cualquier

sociedad totalitaria ora envilece a sus mayorías, ora destruye a sus élites. La revolución cubana condenó al ostracismo a sus escritores, a sus geniales músicos populares, hoy mágicamente resurreptos en la vejez más deslumbrante. Nadie, pues, se salva. Ni los demagogos y oportunistas, ni los rebeldes. El veneno se derrama por doquier. Incluso la autobiografía de este escritor disidente lleva la impronta de las deformidades producidas por un régimen devastador: abundan las páginas concentradas en un yo desesperado y amargo. El anecdotario mismo de su erotismo aventurero es una consumación de su venganza: una lluvia de escupitajos. Escasean, en cambio, aquellas que pudieran explicarnos cómo se hizo escritor, cuáles fueron sus lecturas, sus inquietudes literarias. Algo sabemos de sus amistades: Virgilio Piñera y el genial Lezama; también de las antipatías que en él provocaron los nativos claudicantes: Nicolás Guillén, Alejo Carpentier... y los extranjeros que, o bien han aplaudido al dictador, como García Márquez, o bien abusaron de él, como Emmanuel Carballo que editó varias veces *El mundo alucinante* sin haberle pagado un centavo.

Casi nada nos deja percibir sobre las vibraciones del alma popular, sobre ese imaginario social sacudido por las grandes fuerzas políticas, que no sea el efecto devastador del régimen en el ámbito de las lealtades personales. De ese gran fresco que es el mundo social agrietado por la locura política, sólo aparecen líneas borrosas, sombras detrás de la figura del mandamás que nada sería sin la tragedia de un pueblo que creyó en él, en la promesa de una alborada radiante.

¿No se distrajo Arenas ya no tanto en la confesión pública de su homosexualidad, como en el relato de sus excesos que se aproximan más bien a un acto autoinmolatorio que a una reivindicación meditada de una identidad oprimida o un grito libertario? ¿Su modo de expresarse acerca de los suyos, tan denigratorio, no adopta el lenguaje ofensivo del *otro*: el de los represores? Sus compañeros de inclinación amorosa son las "locas" en su diversidad tipológica: escandalosas, tapadas, comunes, regias. Más que asumirse, se expone al señalamiento como un absoluto. Arenas confunde, acaso por la rabia que emana de su padecer, la irreverencia y el desenfado con el rito flagetario, con la vulgaridad de esos pasquines que atestan los puestos callejeros. En su recuerdo, las locas, salvo contadas excepciones, son abusivas, insidiosas, delatoras: especie de ratas que pululan en una Habana deteriorada, que se ahoga en basura y desencanto. Su visión desplaza la escoria de los poderosos a los propios homosexuales, que sólo encuentran el camino de la sobrevivencia en la devaluación más patética del cuerpo que, en vez de afirmarse soberano, se deja esclavizar por la urgencia del "templar" o "ser templado".

Arenas encarna, tal vez sin saberlo, ese desorden en que desemboca el impetuoso caudal de las revoluciones. La de octubre de 1917 trajo consigo un jubiloso "caos sexual" que alarmó a los comunistas que, sobreestimándolo, reivindicaron el orden y la virtud; exaltaron la familia y prohibieron la





homosexualidad. El escritor insistió en esto acaso más de lo necesario para comprender y actuar en el presente. Valiéndome de una reflexión de Todorov, su memoria fue más literal que ejemplar, se ocupó más de restañar sus heridas que de promover una movilización que atacara la opresión. Predomina la queja de la víctima sobre la *anamnesis* del guerrero.

Pero ¿cómo reprocharle tal desvío a quien tiene la necesidad de la catarsis? Arenas fue de cárcel en cárcel, una más vejatoria que otra. Mal juzgado como pederasta, nada pudo comprobarse. Y, sin embargo, firmó su retractación. Mas lo subversivo no era tanto su desviación erótica, como el ser un escritor contrarrevolucionario, un antisocial, un traidor, esas palabras que condensan el delirio de un poder que sólo se reconoce en su monolítica sustancia.

Una de las grandes debilidades del socialismo histórico ha sido ese no saber qué hacer con aquéllos que rehusan a seguir las pautas de sus dirigentes, esa arcaica necesidad de conductores que equiparan su voz a la de todos, que se arrojan el poder de acallar cualquier disonancia, como si la utopía sólo se conquistara merced al exterminio del alma individual, que, paradójicamente, amenazada, puede llegar a crecer como una flor de sufrimiento poderosa y oscura. El socialismo suponía teóricamente el derrocamiento de la burguesía como fuerza social. Pero la práctica política le exigió mucho más: la destrucción de todo aquél que disintiera. Su utopía, en el peor sentido de la palabra, implicó la imposible unanimidad, la incondicional aceptación ética de su programa histórico como opción felicitaria; y, por ende, redujo la simple duda ciudadana a la condición de un enemigo aniquilable.

Nadie como el *Che* Guevara entrevió el rumbo que tomaría el proceso revolucionario y su fatal degradación como Estado omnipotente. Acaso comprendió, con su sensibilidad romántica, que el único instante noble era el de la rebeldía, el de consumirse en la hoguera de la negatividad. Y se fue para no mancharse de sangre y vergüenza, para encender otras luces en esta América nuestra que –pude entenderlo una mañana ardiente a orillas del Amazonas– si algún rasgo común posee es la injusta tristeza de sus pueblos. Eligió mal y a quién le importa. Con esa imagen que lo muestra con los ojos puestos en el infinito, dejó constancia para siempre de la diferencia entre el héroe rebelde y el hombre de Estado que se pasa la vida rumiando la justificación de sus atrocidades.

Por breve tiempo, el *Che* fue también hombre de Estado, le incomodaban los salones burocráticos; entre sus muros seguía soñando en un hombre nuevo. Sin educación y conciencia nuevas no habría comunismo. Emanarían de una praxis histórica nunca vista, aderezada de pasión solidaria, emulación, entusiasmo, trabajo voluntario, sacrificio. Mas cuando percibió que las viejas taras sociales no sólo sobrevivían sino cedían su lugar a otras peores, se alejó con dolor. Ya no vio cómo la educación se mudaba en adoctrinamiento grotesco ni cómo su hombre nuevo era sustituido por la más abyecta de las docilidades. El desencanto de Arenas fue el mismo que el del *Che* aunque la resolución de sus vidas haya tomado cauces distintos. Desde la perspectiva



de los revolucionarios, el *Che* consumó su martirio, mientras que Arenas pasó a ser un réprobo más, una víctima de sus desvaríos antisociales.

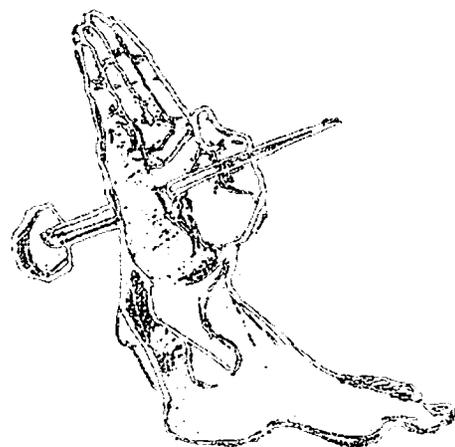
Cada autobiografía responde a una intención. Escritas, por lo general, por un ego desmesurado, resultan fallidas apoteosis narcisistas. Hace unos meses, durante una breve estancia en Buenos Aires, encontré la autobiografía que Jorge Luis Borges dictó en inglés a su traductor Norman Thomas di Giovanni. El ser vivo sólo aparece en las últimas líneas: "lo que quiero ahora es la paz, el placer del pensamiento y de la amistad. Y aunque parezca demasiado ambicioso, la sensación de amar y ser amado". Todo lo demás se reduce a lecturas, amistades intelectuales, viajes, reseña de sus exploraciones literarias. Detrás del cúmulo de papeles se esconde el hombre cuya vida fue "sombria y servil", según su propio dicho. El pudor alcanza el extremo posible, al igual que su prosa limpia y sencilla. Es tan grande el silencio acerca de las cosas de la carne, que él mismo se convierte en un personaje de ficción, delicado e ingrátido.

En Arenas, en cambio, la sensualidad estalla a menudo groseramente como la conversación de un palurdo detrás de cuyos alardes se esconde el sufrimiento de una criatura desamparada y hermosa, de un ser solitario destruido por el Estado, de un naufrago deseo. Lo que busca en su autobiografía no es, como Borges, ayudar cortésmente al lector a comprender su obra, sino batirse en duelo con el autoritarismo y la mojigatería. Está ya exhausto; aún así prodiga los pocos recursos de que dispone: una salud hecha añicos, una formación política precaria, alumbrada a veces por la intuición del artista: "la belleza en sí misma peligrosa y conflictiva, para toda dictadura, porque implica un ámbito que va más allá de los límites en que esa dictadura somete a los seres humanos; es un territorio que se escapa al control de la policía política y donde, por tanto, no pueden reinar. Por eso a los dictadores les irrita y quieren de cualquier modo destruirla".

¿Simpatizó Arenas alguna vez con la revolución? Era difícil para un joven como él no ver en ella una luz prometedora. No le faltaron razones a la epopeya: Cuba era un nido de rufianes yanquis y oligarcas nativos, protegidos todos por la dictadura de Batista. Adolescente aún, participó en la gesta para derrocar a Batista, en el entusiasmo de su caída. Pero se alejó pronto de los nuevos dueños de la isla cuando atestiguó los disparatados juicios populares, los fusilamientos, el terror. Odió la palabrería del déspota, la crédula adhesión de la turba, los trabajos forzados en esos cañaverales que eran, a su juicio, "el último círculo del infierno".

La implantación del socialismo, que habría de significar el tránsito de la solidaridad mecánica a la orgánica, surgida de la libre concordancia de voluntades, acabó por ser una forma de la esclavitud decretada por los autócratas. Para colmo, sus resultados fueron magros. Lo único que Cuba ha producido en abundancia, dice Arenas, hiperbólico esta vez, es el polietileno.

Hay revoluciones que, a despecho de sus violencias y horrores, dejan a la postre y para siempre aromas de progreso moral y hay otras que la historia



quisiera olvidar por el rebajamiento del ser. La revolución francesa nos legó ideales libertarios e igualitaristas; las revoluciones socialistas, apenas secuelas de opresión y muerte, pese a tanta esperanza puesta en ellas.

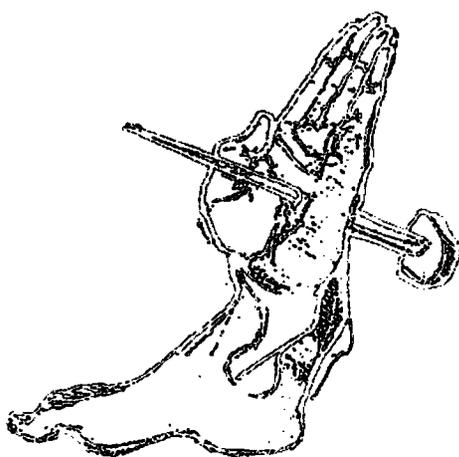
Pero de la tragedia cubana no sólo es responsable el infatigable déspota; también lo son los burócratas serviles y el populacho degradado que le rinde culto al dictador, pues Cuba "es un país que produce canallas, demagogos, delincuentes y cobardes en relación desproporcionada a su población". El resentimiento de Arenas se derrama más allá del demagogo; alcanza a su país: "hay una especie de sentido de destrucción y de envidia en el cubano; en general, la inmensa mayoría no tolera la grandeza, no soporta que alguien destaque y quiere llevar a todos a la misma tabla rasa de la mediocridad".

¿O algo quedará de la Revolución cubana? Cuando uno escucha a sus defensores hablar de conquistas solidarias e igualitarias, no puede menos que apiadarse de su estúpida credulidad. El artificio político crea toda suerte de espejismos. Las pugnas intestinas en Yugoslavia después de la muerte de Tito nos recuerdan ese efecto ilusorio del poder autocrático. Pero ¿tal mezquindad es privativa de Cuba o es condición de nuestros pueblos latinoamericanos?

Gracias a un descuido de la Seguridad de Estado, Arenas logró escapar de Cuba en uno de esos éxodos manipulados por la oligarquía. Residió en Miami y Nueva York; viajó por varios países para lanzar su grito: su "tesoro". Durante una década padeció activamente su exilio: escribió, impartió conferencias, fundó la revista *Mariel*. Algo pudo hacer en ese mundo, también irrespirable, regido por la codicia. Lo pagó caro: el sida fue una ofrenda siniestra, una especie de holocausto.

Arenas vivió, pues, en la zozobra, inconforme con su entorno y consigo mismo. En la Isla, más allá del régimen opresor le punzaba la "tradición chata", "la ramplonería cotidiana"; en el destierro, la tristeza: "uno no es más que un fantasma, una sombra de alguien que nunca llega a alcanzar su completa realidad". En Estados Unidos fue libre, pero conoció la otra cara de esa estrecha utopía libertaria que aturde a los arrogantes norteamericanos, habitantes de "un país sin alma". Aunque afirmó no sentirse extranjero en Nueva York, su sensibilidad repudió la urbe como el más inhóspito lugar para vivir: "una enorme fábrica desalmada, sin lugar para acoger al transeúnte que quiera descansar; un sitio donde uno pueda, simplemente, estar sin pagar a precio de dólar la bocanada de aire que respira o la silla en que nos sentamos a tomarnos un descanso".

Una tarde de hace quince años, en la terraza de un hotel destartado de la Habana, escuché a José Antonio Méndez. Envejecido, cantaba, susurraba —qué sé yo— sus hermosas canciones. Mientras las notas de *Si me comprendieras* emprendían su vuelo a las estrellas, yo imaginaba las entrañas miserables de "El Morro" y trataba de adivinar los sentimientos que anidaban en el corazón del trovador marchito. Parecía resignado a todo, a morir abrazado a su guitarra. ¿Cuántos como él? Recuerdo a Mariano Rodríguez,





en su buhardilla habanera, amable pero evasivo, indiferente a todo, pintando coloridos gallos a la manera de *Chucho* Reyes Ferreira. Pero los que, deseándolo, no han logrado salir de Cuba fantasean un gran escape: construir una balsa y arriesgar la vida.

La esperanza es el mar, un muro de agua vigilado por tiburones. Pero esperanza al fin, así sea Miami –ese falso paraíso– su destino. Sólo quien ha vivido la prisión –abierta o cerrada– del castrismo sabe que la libertad de ir y venir con apenas unos andrajos sobre los hombros vale un poco más que los eficaces servicios de salud y educación o de las glorias deportivas de los que se jacta el gobierno cubano.

Sólo el mar. Pues ni siquiera es posible asilarse en las embajadas. Salvo aquel incidente excepcional del embajador peruano, la diplomacia sólo ha ostentado cobardía y complicidad. Mucho tiene que informarnos el gobierno de México “siempre sinuoso e inmoral”, al que Arenas acusa de retener a sus asilados. Las generalizaciones son peligrosas. En Sudamérica, la diplomacia mexicana salvó muchas vidas. Pero el caso cubano es oscuro y merece ser esclarecido.

¿Cuándo será ya innecesario imaginar la fuga? ¿Cambiará pronto Cuba? El cambio aguarda la muerte del déspota pero quién puede afirmar que su dirección será éticamente deseable. Tantos años arrojados a la basura dejarán, como en Rusia, una cauda de vicios florecidos en la sombra: corrupción burocrática, codicia soterrada favorecedora del hampa. Cualquier tentativa de pactar resistencia frente al enemigo externo para mantener un insostenible estado de cosas es un engaño. Las consignas nacionalistas del dictador desvían la atención de sus aberraciones políticas. Muchos de los que amamos a Cuba por lo que nos ha dado –lecciones de valentía como la de Arenas, goces musicales, literarios y plásticos– pensamos que su enemigo principal no reside en la otra orilla, sino allí, en el corazón de la isla. Ojalá lo entendamos todos *Antes de que anochezca*. LC

